

ARTÍCULOS

Utopía social y utopía tecnológica en el pensamiento de las izquierdas argentinas para la transformación del capitalismo agrario, 1890-1945

Oswaldo Graciano

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Universidad Nacional de Quilmes

Universidad Nacional de La Plata

ograciano@unq.edu.ar

Social utopia and technological utopia in the Argentinean lefts wingstinking in order to change agrarian capitalism, 1890-1945

Resumen

Este trabajo tiene como objetivos reconstruir el pensamiento socialista y comunista y las propuestas políticas con las que buscaron entre 1890 y 1945, concretar un nuevo modelo de sociedad y economía en el agro pampeano y que en sus fundamentos inscribían elementos de las utopías sociales y las tecnológicas. A lo largo de la primera mitad del siglo XX las izquierdas formularon diversos proyectos para la transformación de la economía y la sociedad agrarias argentina, intentando con ellos incidir en la modificación de las relaciones económicas y sociales rurales dominantes en el país y en particular en su región pampeana. Esas propuestas fueron proyectando en el discurso y en el pensamiento político de izquierdas el imaginario de un mundo rural alternativo al vigente, tomando en muchas de ellas la forma de la utopía social y en otras la de la utopía de tipo tecnológico para su realización.

Palabras claves: socialismo; comunismo; utopía; cuestión agraria.

Abstract

The objectives of this work are to rebuild the Communist and Socialist thinking and the political proposals used, between 1890 and 1945, to set a new model of economics and society within the agrarian sector in the Pampas Region, and which, on its basis, include elements of social and technological utopias. Along the first half of the twentieth century, the left wings developed several projects aimed to transform the agrarian economics and society in Argentina and thus, tried to influence the modifications of social and economics rural relations dominant in the country, and in particular in the Pampas Region. Those proposals started to throw the imaginary of a rural world different to the current upon the speech and the political thinking of the left wings. In many of them shaped as a social utopia and in others shaped as a technological utopia, for its realization.

Key words: socialism; communism; utopia; agrarian question.

1. Introducción

A partir de su incipiente despliegue en las últimas décadas del siglo XIX, las dos corrientes iniciales de organización política de los trabajadores en la Argentina, el socialismo y el



Esta obra está bajo licencia
[Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/argentina/)

anarquismo, produjeron una extensa y rica variedad de estudios sobre el desarrollo capitalista que contemporáneamente estaba transformando el país. Más en la primera de esas corrientes que en la segunda, la realidad agraria nacional comenzó desde temprano a aparecer retratada de modo central, siendo evaluada como determinante del tipo de economía capitalista que tomaba forma en el país (Aricó, 1999; Adelman, 1989). El leninismo que emergió en el país en 1918 (luego del triunfo de la revolución bolchevique en Rusia), como la cuarta corriente ideológica del movimiento obrero (la otra sería el sindicalismo), otorgó también un lugar preeminente al agro para elaborar su caracterización del capitalismo argentino.

En llamativo contraste con las fuerzas políticas liberal - conservadoras que agruparon a la clase dominante del país (como el Partido Autonomista Nacional), a sectores regionales de la misma (como el Partido Demócrata Progresista de la provincia de Santa Fe) y a las que expresaron a las clases medias urbanas y regionales (el Radicalismo), las izquierdas sí brindaron una atención central a los rasgos que asumían las relaciones de producción en el campo y en particular en la región pampeana, el espacio territorial que conformó fundamentalmente su economía de exportación. Tal vez con la excepción parcial del Partido Demócrata Progresista, resultaba difícil encontrar en los dirigentes de las fuerzas políticas que expresaban los intereses de las diversas fracciones de la burguesía argentina durante las primeras décadas del siglo XX, un esfuerzo colectivo sostenido como práctica partidaria, de análisis sobre el tipo de capitalismo que se desenvolvía en el país (Lattuada, 1988). Así, si bien estos partidos formularon planes y proyectos legislativos sobre diversos aspectos de la realidad agraria y económica nacional y algunos de sus dirigentes produjeron estudios sobre la problemática rural, el punto diferenciador con las izquierdas se encontraba en que esa realidad no era central para su estrategia política, ni tampoco esas evaluaciones se articulaban operativamente para su definición teórica y sociológica del capitalismo argentino, como sí eran decisivas en ese sentido para aquellas.

Esta preocupación teórico-política por la cuestión agraria de las izquierdas, poseía matices de atención también entre ellas: fue determinante para las dirigencias socialista y comunista, pero no lo fue para el caso de la anarquista (Suriano, 2001). Para las dos primeras, orientadas por la tradición teórica marxista (en clave socialdemócrata una y leninista la otra) la permanente atención por la problemática agraria se explicaba por su necesidad prioritaria de comprender el tipo de estructura económico-social del país y la naturaleza de la dominación social en él, aspectos relevantes para la definición de su táctica política (Aricó, 1999: 65-147; Graciano, 2008: 381-406). En tanto, el anarquismo que no contaba con un corpus de tradición teórico – programático sistemático sobre el capitalismo que le otorgara una dirección y un sentido histórico culminante determinado por las “leyes de la historia”, la problemática rural no adquirió un carácter central en su estrategia de lucha y en líneas generales se caracterizó más por la denuncia de la realidad

social de los trabajadores rurales que por la generación de un conocimiento sistemático sobre la especificidad de la economía agraria del país. Su acción política en el campo se concretó en la movilización de los trabajadores rurales y su sindicalización (Ascolani, 2009: 42-66 y 167-246).

En este trabajo se analizan los aspectos relevantes del pensamiento socialista y comunista sobre el agro argentino entre 1890 y 1945 elaborado por sus dirigentes e intelectuales, dejando de lado por lo antedicho, la exploración de la relación entre movimiento libertario y problemática agraria. A través de la reconstrucción del pensamiento político comunista y socialista, se recrean las críticas del mismo y las propuestas para su transformación, exponiendo los modelos de sociedad y economía que ellas delinearon y que inscribían en sus fundamentos elementos de utopía social y tecnológica, cuya utilización se vinculó a una voluntad de transformación radical de la realidad agraria, de rasgos regeneracionistas. El estudio de los escritos de sus dirigentes e intelectuales, permitieron constatar que tanto desde el Partido Comunista como desde el Socialista, se formularon diversas propuestas para la transformación de la economía y la sociedad agrarias que el desenvolvimiento capitalista daba forma en el país, intentando con ellas incidir en la modificación de las relaciones económicas y sociales dominantes en el campo.

Vale aclarar que al tratarse de un primer abordaje sobre la relación entre utopía e izquierdas, se priorizó en esta investigación el análisis del tipo de fuentes antes indicadas para reconstruir los elementos utópicos en el discurso y las propuestas agrarias socialistas y comunistas. Este criterio llevó a dejar de lado en esta etapa, debates, informes y resoluciones de los congresos socialistas y comunistas, como también a numerosas publicaciones periódicas, fuentes a las cuáles sólo se utiliza en un escaso número. Ellas constituyen un archivo muy rico para explorar lo utópico en el imaginario agrarista de las izquierdas y al que se acudirá en futuras investigaciones para profundizar la reconstrucción de esta problemática. Como se demuestra en este artículo y como la reciente historiografía posibilita afirmar, lo utópico fundó en parte el discurso y la acción política de los hombres de izquierda en el país (Petra, 2004 y 2009).

2. Cuestión agraria y utopismo en las izquierdas argentinas

En la elaboración de sus propuestas alternativas de desarrollo de la economía agraria durante la primera mitad del siglo XX, socialistas y comunistas oscilaron entre un tipo de organización productiva a gran escala y otro que se convirtió en dominante con el tiempo en su literatura y que consistió en un tipo idealizado de sociedad agraria, conformada por el pequeño productor como su organizador económico, siendo también quien le otorgaba su dirección política. Pero además de prever para la producción rural una organización alternativa a la existente, las propuestas de socialistas y comunistas se destacaron por sostener una transformación profunda en las formas de organización social y en las de sociabilidad dominantes en el campo argentino y en sus

pequeños poblados, en particular en su región pampeana. Esas dos propuestas, que se sustentaron en diagnósticos críticos del tipo de economía y de sociedad rural capitalista, fueron proyectando en el discurso y en el pensamiento político de izquierdas, el imaginario de un mundo rural alternativo al vigente y que tomó en muchas de esas propuestas, la forma de la utopía social y en otras de la utopía de tipo tecnológico para su realización.

La profusa obra sobre la cuestión agraria proveniente de militantes y dirigentes nacionales o provinciales de ambos partidos adoptó diversas formas analíticas, que iban desde las cartas y artículos de corte impresionista y coyuntural (exponiendo situaciones concretas en un fuerte tono denunciante), hasta la del ensayo histórico y la crítica de economía política sustentados en categorías marxistas, que buscaban revelar la estructura del capitalismo argentino. En todos esos géneros discursivos, la crítica de la realidad agraria se contraponía a un modelo imaginario de sociedad y economía rural consensuado por las dirigencias de ambos partidos (aunque con matices diferenciales para comunistas y socialistas) sobre el lugar de los trabajadores en ellas y que se sintetizó primero en la propuesta de la agricultura basada en la socialización del suelo y luego en el modelo social del pequeño productor independiente, capaz de dirigir el desenvolvimiento productivo y hacer factible una civilización rural en base a la pequeña explotación agrícola, que aseguraría los parámetros de la vida urbana. La explotación rural era proyectada como una organización productiva intensiva fundada en fuertes inversiones de capital privado y social, en el desenvolvimiento educativo y cultural, del confort material y sobre condiciones laborales que regularan la explotación y aseguraran un moderado igualitarismo social. Estos fueron los objetivos que debía lograr el capitalismo en el campo, previo al proceso de desarrollo socialista en el país.

Varias consecuencias se desprendían de esta compleja producción de saber sobre el agro argentino. La primera era que ella proveyó a las estrategias políticas socialista y comunista un conocimiento específico y propio sobre la realidad del país y enriqueció su discurso social, muy superior al que podían ofrecer para el período las expresiones políticas liberales o el nacionalismo. En segundo lugar, ofreció a los militantes un conocimiento social elaborado en sus propias subculturas políticas, no deudor en lo fundamental, del saber sobre la sociedad proveniente de las clases dominantes (de sus agencias estatales e instituciones intelectuales) y que resultó clave en orientar la lucha política rural de socialistas y comunistas. En este sentido, les proveyó a su discurso político una serie de evaluaciones sobre la realidad agraria fundadas en la denuncia del latifundismo y de la existencia de una oligarquía terrateniente como claves explicativas de todos los problemas que atravesaba la situación económica del país (Graciano, 2008: 381-406). En tercer lugar esa profusa producción sobre el capitalismo agrario permitió al Partido Socialista evitar el traslado acrítico y mecánico de los análisis de Marx y Engels sobre el capitalismo europeo

o los realizados en el seno de la II Internacional por Karl Kautsky. En el caso del comunismo, esos análisis surgidos de su seno llevaron a su dirigencia a matizar y complejizar las evaluaciones y categorizaciones específicas que las tesis de la Internacional Comunista propusieron para caracterizar la realidad latinoamericana desde 1928.

En cuarto lugar, ambas tradiciones políticas propusieron una serie de representaciones del agro argentino articuladas fundamentalmente en torno a una visión del mismo como una realidad económica y social deformada en su desenvolvimiento histórico desde el siglo XIX, por la presencia dominante de una clase terrateniente ganadera que ejercía la dirección de ese desenvolvimiento por su control monopolista de la tierra. Fue en su crítica a esa situación rural que pretendían modificar, donde aparecieron los elementos de un pensamiento utópico de desarrollo alternativo en el campo, que tomó como caminos idealizados por momentos a la gran explotación y luego a la pequeña producción de tipo granjera y al pequeño agricultor y su familia. Ambos caminos se convirtieron en soluciones regeneracionistas para edificar otro tipo de economía, de sociedad rural y no menos importante, de otro régimen político en el país. En este último aspecto, ese orden productivo y social de grandes explotaciones daría lugar a una verdadera democracia política y al colectivismo en lo económico; en tanto el de tipo granjero llevaría a una economía de pequeña producción y a una democracia política. Ambos caminos permitirían según sus autores, liquidar al régimen político oligárquico vigente, la superestructura política del latifundismo. He ahí entonces cómo un modelo de sociedad agraria que debía reorganizar el orden social del país para hacer posible en el futuro el socialismo (generando antes una sociedad civil y un orden político democráticos), fue adquiriendo los rasgos de un utopismo agrarista entre los militantes y dirigentes de estas izquierdas.

Sin embargo, como estudió Weinberg, tanto los socialistas como los comunistas argentinos inmersos en la tradición marxista, rechazaban ex profeso la idea de que sus proyectos políticos de construcción del socialismo tuvieran algo que ver con las utopías sociales igualitaristas surgidas en Europa en las primeras décadas del siglo XIX (Weinberg, 1986: 10-12).

En este sentido evitaron cualquier incursión teórica en la proyección de un orden social futuro socialista. Ya con el *Manifiesto Comunista* pero fundamentalmente con la obra de Engels *Del socialismo utópico al socialismo científico*, el movimiento socialista moderno había realizado una crítica sistemática de los primeros socialistas (de Saint Simón, Fourier y Owen), definiéndolo como un socialismo utópico: una expresión del pensamiento filosófico y político de una etapa primigenia de la lucha de clases, ubicado en el contexto de un incipiente desarrollo del modo de producción capitalista. En sus definiciones se asoció a utopías a ese conjunto de doctrinas anticapitalistas. Si bien se les reconocía su dimensión de crítica a la sociedad capitalista, se las calificaba como

propuestas imposibles de realizar, no fundadas en el conocimiento científico de la realidad capitalista y por lo tanto incapaces de orientar la lucha política del proletariado. Todo el movimiento socialista de la II Internacional como luego del bolchevismo, se constituyó en la línea de conceptualización construida por Marx y Engels sobre el desarrollo del movimiento socialista europeo en el siglo XIX, que diferenció con nitidez al socialismo utópico y al moderno: el primero se fundaba sobre las intuiciones de sus autores en tanto el segundo lo hizo sobre la ciencia moderna.(1)

Sin embargo, y como también demostró Weinberg, el utopismo no desapareció como ejercicio ideológico de ciertos núcleos de militantes. Como se comprobará en las páginas siguientes, puede afirmarse también que en la elaboración de la crítica de la situación agraria del país, la idealización de otro tipo de economía y sociedad rural incursionó en ciertas formas de utopía, al reivindicar la implantación en el futuro, de la gran explotación agrícola o del modelo de sociedad de agricultores independientes arriba indicados. En efecto y aunque nunca expresaran su nombre como tal, para los socialistas primero como para los comunistas luego, la solución de la cuestión rural esbozada por ellos, era una sociedad agraria futura organizada en torno a la concentración y explotación de gran de escala o por ese otro actor económico y social constituido por la familia granjera.

Aunque nunca explicitado por sus difusores, en ella se redescubrían sino una utopía agraria en regla, por lo menos los rasgos de un pensamiento utópico redencionista no sólo para el campo sino para todo el país. En este sentido, la preceptiva ideológica partidaria tanto del socialismo como del comunismo, no pudo evitar que el utopismo funcionara como una dimensión específica de la imaginación política de dirigentes y militantes, lanzados a la realización en el futuro, de un nuevo tipo de sociedad emancipador e igualitarista (Baczko, 1999: 111-115).

Debe aclararse que, aún precavidos por la preceptiva científica y positivista marxista de evitar el “escapismo” en que podían caer al proyectar su idealización de la sociedad futura sin fundamentarla en la ciencia, la incursión en alguna forma de utopismo fue una condición del pensamiento de los militantes y dirigentes de izquierda en la Argentina, al *imaginar* otro tipo de orden social y económico al presente, ya que se apelaba a una fe redencionista en la reorganización productiva por medio también de la ciencia y la técnica o de la modificación de la estructura social rural existente. Si, como lo han hecho Bronislaw Baczko y Paul Ricoeur, se define a la utopía como un pensamiento singular del imaginario social, como crítica de la realidad y como un ideal de futuro (Baczko, 1999: 55-123; Ricoeur, 1991: 57- 61 y 287-328), puede entonces comprendérsela como un elemento constitutivo de la imaginación política radical y por lo tanto inherente a los proyectos emancipatorios de las izquierdas argentinas de fines del siglo XIX y

primeras décadas del XX, que movilizaba a sus partidarios en su lucha por un orden social de igualdad. En los intersticios de los discursos críticos sobre la sociedad de comunistas y socialistas, emergieron los elementos del utopismo social referidos al ideal de otro tipo de comunidad futura superadora (y a la vez reparadora) de las injusticias que la existente infligía en el presente a los explotados del mundo (Fernández Sanz, 1995: 165-189; Carretero Pasín, 2005: 40-60).

3. El imaginario de sociedad agraria del socialismo argentino: entre la gran explotación agrícola y el ideal farmer

Los escritos del ingeniero alemán Germán Avé Lallemand trazaron la primera evaluación marxista del agro argentino a partir de su modernización provocada por el capital desde las últimas décadas del siglo XIX. Publicados entre 1890 y 1910 (año en el que fallece) en ellos este introductor del marxismo en la Argentina, registró en trazo grueso, los rasgos más singulares de los cambios económicos operados en esas tres décadas y del tipo de sociedad rural surgida de los mismos. Sus artículos se difundieron en ese arco temporal, en los periódicos socialistas *El Obrero* y *La Vanguardia* y en el *Die Neue Zeit*, el órgano oficial de la socialdemocracia alemana dirigido por Kautsky. Pero también encontraron espacio de publicación en la prensa de especialización económica como el semanario *La Agricultura*, editada por sectores avanzados de la burguesía rural, con el objeto de orientar los adelantos y organización de la producción agraria. Los análisis volcados en los mismos, construyeron una evaluación de la realidad agraria argentina, que combinaba la mirada del ingeniero y científico naturalista con la del estudioso marxista. Sus evaluaciones se convirtieron en material de referencia para la orientación ideológica del movimiento socialista local y en la voz autorizada en la difusión de esas transformaciones rurales del país, en el periódico del Partido Socialdemócrata alemán (Paso, 1974).

Como indicó Tarcus, Lallemand fue el primero que formuló la cuestión agraria argentina en términos marxistas, de modo contemporáneo al debate que sobre la misma se abrió en el seno de los partidos socialistas de Alemania y Francia y el conjunto de sus artículos revelaron de modo preciso las características dominantes que la economía agraria fue adoptando hasta la primera década del siglo XX (Tarcus, 2007: 207-224). En ellos el ingeniero alemán esbozó los rasgos centrales de las relaciones de producción instauradas en el campo y de la estructura de clases que ellas generaron. Lo singular de Lallemand fue que sus análisis se basaron en su conocimiento directo del desenvolvimiento productivo, hecho facilitado por sus trabajos como ingeniero de minas, pero también de topógrafo y agrimensor en San Luis y que elaboró a partir de las categorías analíticas de *El Capital*. Lallemand ubicó como problema central del desarrollo capitalista del agro pampeano al latifundismo y al papel dominante en él de los propietarios ganaderos que monopolizaban la tierra. El problema central para este socialista resultaba del

hecho de que esa clase terrateniente latifundista no desempeñaba papel directivo alguno en el desarrollo productivo y los calificó reiteradamente como una clase de especuladores en tierras, que usufructuaba el trabajo de los colonos agrícolas, de los encargados de la producción ganadera y de los peones rurales. Así, negaba a esos terratenientes los rasgos de ser una burguesía rural progresiva, por su falta de cualquier condición empresarial para dirigir el proceso de avance agrícola en el campo y su carencia de toda responsabilidad social con el país.

Lallemant denunció permanentemente a la clase terrateniente pampeana por su condición de propietarios ausentistas, que vivía entre Buenos Aires y París, gastando la monumental renta agraria producida por el desarrollo agropecuario de las pampas, proceso liderado por los auténticos productores rurales que fungían como verdaderos empresarios (los puesteros dedicados a la actividad ganadera lanar y los colonos agricultores) y por el trabajo de los peones. Así analizaba la participación que tenían los estancieros en el proceso económico:

El estanciero no vive en su estancia por regla general, y no toma ninguna intervención en el proceso mismo de la producción. Como patrón él se hace remplazar por el mayordomo, quien todo dirige y dispone, y al frente de los trabajos están los capataces que vigilan sobre la ejecución detallada de las faenas que los peones, los puesteros y los demás pastores y trabajadores efectúan (reproducido en García Costa, 1985:93).

Aunque englobaba a los estancieros en la categoría de grandes capitalistas, a su entender se trataba de una clase de tipo parasitaria, que impedía el avance capitalista en el campo, al obstaculizar el desarrollo de una agricultura diversificada e intensiva y de limitar la capitalización de la economía rural. En su visión lineal y positivista del avance del capital en el agro sobre las viejas formas productivas precapitalistas, Lallemant enfatizaba que la función económica de estos estancieros era retrógrada, ya que monopolizaba la tierra y la renta en beneficio personal y no social:

Para el desarrollo de las potencias productoras del país esta clase social es una verdadera desgracia. No hay demostración que les convenza por más evidente que sea." [...] "Los ricos estancieros, sus hijos y sus gobiernos, porque son precisamente ellos que gobiernan el país, derrochan cada año una parte considerable del producto líquido anual en su consumo individual.

Y más adelante concluía:

Por todos estos motivos esta clase social lleva la culpa de que la cantidad de riqueza que se capitaliza sea mucho menor de lo que podría ser. En lugar de emplear la mayor parte del valor de los productos

líquidos como nuevo capital en la reproducción, nuestros estancieros lo consumen en forma de renta personal. Estos hacendados grandes capitalistas ven en la capitalización de la supervalía un obstáculo para sus necesidades insaciables de lujo y goces, que aumentan cada día más y más, y es en la clase social que ellos componen en que debemos buscar la fuente y única causa de la ruina económica del país (García Costa, 1985: 94 y 95).

Sin dudas en estos argumentos de Lallemand sobre el capitalismo argentino que destinaba a la lectura de los obreros, se ligaban una crítica marxista y una de tono moral, acorde a su formación cultural alemana puritana. Sus formulaciones sobre la realidad agraria argentina se enriquecieron cuando comenzó a enviar sus artículos sobre la situación política y económica del país, ya que en ellas su análisis se ubicó en una perspectiva comparativa sobre el impacto que la concurrencia de la agricultura argentina tenía para “arruinar” a la gran agricultura alemana de los terratenientes (los junkers) del este del Elba. Influida por su lectura del debate político y agrario de los años 1890 en *Die Neue Zeit*, este emigrado buscaba también contribuir a la marcha del socialismo en su país, echando luz sobre las características de organización de la agricultura argentina. En sus artículos referidos a la cuestión agraria argentina de la revista socialdemócrata, Lallemand tomaba como centro de atención la organización social de la producción, vislumbrando que era su conformación particular en torno a la dominación parasitaria de los terratenientes pampeanos y la feroz explotación de los agricultores y trabajadores inmigrantes europeos (que las desarrollaban bajo las formas de colonización o arrendamientos), la que facilitaba la competencia del país en los mercados agrícolas europeos. Aunque sin conocer sus trabajos, Lallemand coincidía con Max Weber en enfatizar su atención sobre la cuestión de la organización social rural del país. Pero a diferencia de éste, para el emigrado alemán esa concurrencia de los productos agrícolas argentinos abría la posibilidad de erosionar allende los mares, el poder económico y político de los junkers prusianos, el gran obstáculo al avance del proyecto socialista en Alemania desde Bismark (Sidicaro, 2000).

Estos artículos de Lallemand fueron decisivos en producir una tipología marxista de la economía y la sociedad rural argentinas y de un orden político fundado en el poder de una clase terrateniente latifundista y parasitaria. Su tesis central la definió como un actor social incapaz de ejercer la dirección de la sociedad y que bloqueaba el desarrollo de las fuerzas productivas en el campo, condición excluyente del desarrollo capitalista en el país. Entre 1896 y 1945, las representaciones del capitalismo agrario argentino generadas por los partidos Socialista y Comunista se inscribirían en continuar esta teorización formulada por este marxista alemán (al que ambas fuerzas reivindicaban y se disputaban por igual su figura). La “agitación del campo” que promovieron tanto socialistas como comunistas giraría siempre en torno al problema de la persistencia dominante de

la gran propiedad y de la clase terrateniente latifundista (Graciano, 2006: 87- 115; Graciano, 2008: 381-406).

En esas evaluaciones del científico alemán se delineaban también dos alternativas de desenvolvimiento futuro del agro pampeano en los que la dimensión utópica se prefiguraba aunque con trazos débiles. La primera de ellas se orientaba a ofrecer un modelo alternativo de organización social de la producción, centrado en la gran explotación capitalista, que él creía descubrir en su desarrollo incipiente en diversas iniciativas desplegadas por inversiones extranjeras. La colonización capitalista en gran escala resolvería a su criterio la cuestión del latifundio y los problemas que la explotación agrícola en manos de los inmigrantes europeos presentaba. Para Lallemand esa vía de desarrollo productivo que, siguiendo a Marx, denominó como colonización capitalista, iba a permitir tanto una organización racional intensiva de la agricultura, abriendo la posibilidad de un orden social que llevaría entre sus consecuencias a la desaparición de la clase terrateniente, aunque también llevaría a la proletarización completa de los colonos inmigrantes. A partir de los análisis de Marx de 1872 (y tal vez el de Engels de 1894) sobre el problema agrario, Lallemand proponía un reordenamiento económico agrario que generaría las condiciones sociales fundamentales para el avance del proyecto socialista en el país: la agricultura a gran escala llevaría a la socialización de la tierra, eliminando a los terratenientes y produciendo el surgimiento de un movimiento proletario rural (conformado por los miembros de la pequeña burguesía agraria que desaparecería) acelerando el proceso de avance del socialismo en el país. Así indicaba:

Porque, al fin y al cabo, dentro de un plazo más o menos largo, será esta la suerte ineludible del colono, porque lo aplastará a él y a su pequeña propiedad la explotación de latifundios de los capitalistas, cuando su misión de arruinar la propiedad raíz particular en el mundo entero se habrá cumplido, lo que no está lejano. O quizá que esta colonización sea un medio para precipitar la evolución humana más prontamente hacia el colectivismo (Lallemand, 1895).

Lo singular de su propuesta era que este científico alemán la difundió en *La Agricultura*, publicación destinada a los estancieros. Éstos se veían ilustrados así en las propuestas marxistas sobre el inevitable avance de la concentración de la explotación agraria y la centralización de los medios de producción y el capital en ellas, como paso cierto hacia la completa nacionalización de la tierra y clave para la liquidación futura del capitalismo.

Aunque en estas propuestas Lallemand se fundaba en la rigurosidad científica de la teoría marxista, la dimensión utópica de las mismas se hacía presente en la proyección que en el futuro adoptaría la nueva sociedad argentina a partir de la “*colonización capitalista*” a gran escala, que

permitiría la emergencia de una organización social basada en la prístina oposición entre una verdadera clase capitalista integrada por el gran capital y de origen europeo y una clase obrera rural extendida a lo largo del país. La dimensión utópica de la propuesta del socialista alemán consistió básicamente, en su formulación idealizada de una sociedad capitalista futura desarrollada por el gran capital, que vendría a asegurar las condiciones históricas para el desarrollo triunfal del proyecto socialista en el futuro; y lo característico de la misma era que se fundaba sobre la ciencia marxista. El utopismo del pensamiento de Lallemand se “incrustaba” sobre las formulaciones científicas de Marx de la concentración capitalista de la producción.

Pero sería en su concepción de la ciencia positiva como nuevo demiurgo del mundo y como un instrumento de realización del Progreso, en donde sus propuestas adquirieron los rasgos más característicos del pensamiento utópico. En efecto, Lallemand creía que el segundo gran factor para el desenvolvimiento económico del país, pasaba por la aplicación de la ciencia y de la tecnología moderna industrial a la producción agraria, que dotarían a este tipo de explotación de una organización productiva racional, permitiendo el desarrollo intensivo de la agricultura argentina en el marco de las explotaciones de gran escala. Paradigmática de esta visión tecnológica expuesta por este sabio naturalista, fue su crítica demoledora a la falta de aplicación en la producción de los adelantos científicos como era el caso del tratamiento de plagas agrícolas (como la langosta) o sus esperanzadas reconstrucciones de los avances de las modernas explotaciones rurales y su utilización de los adelantos en maquinarias y tecnología. Sus argumentos proyectaban una profunda fe en la ciencia y en que ella fuera el fundamento de la organización productiva. Pero esta creencia era extrapolada por Lallemand a lo social, ya que sus consecuencias profundas iban a llevar al desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas y con ello a la liquidación del poder terrateniente en Argentina y en el mismo Imperio alemán. Así por ejemplo, la aplicación de la entomología a la agricultura (para lograr la sanidad de los cultivos y el aumento de la producción), podía ser un instrumento capaz de erosionar el poder social de los latifundistas prusianos y argentinos al mismo tiempo, posibilitando el desarrollo del socialismo: *“Una graciosa casualidad quiere que un descubrimiento hecho por el gran Goethe se convierta en motivo para acelerar la quiebra de los latifundios al este del Elba, eliminando así uno de los más enconados adversarios del socialismo”* (Lallemand, 1895-1896).

Fue en los escritos políticos del principal dirigente del Partido Socialista argentino Juan B. Justo y del núcleo de discípulos que hegemonizaron la dirección partidaria hasta la década de 1940 (entre ellos Nicolás Repetto, Enrique Dickmann y Jacinto Oddone), en donde se esbozaron los trazos fuertes del utopismo que en Lallemand sólo se delineaban. Estos dirigentes retomaron las tesis sobre el problema agrario del socialista alemán sobre la existencia de una clase terrateniente latifundista parasitaria que bloqueaba la evolución social y política del país y dieron al partido un

programa económico para su resolución en 1901 (Justo, 1901). Sin embargo, se distanciaron de Lallemand en aspectos claves de su pensamiento, al reinterpretar el desarrollo rural argentino sobre el supuesto de que la economía agraria tendía a una descentralización productiva más que a la explotación de gran escala, aún cuando aceptaban que la propiedad de la tierra evolucionaba hacia su concentración inevitable. Así, estos dirigentes propusieron como modelo de desarrollando del capitalismo agrario en el país, el centrado en la pequeña producción agropecuaria intensiva, desarrollada por la inmigración de familias europeas a las que debía entregarse la tierra en propiedad o en arriendos a largos plazos.

El modelo propuesto fue el de la granja como unidad productiva, demográfica y centro de desarrollo social. Lo señalaba así Justo en 1918, defendiendo esta propuesta: *“La tierra para el pueblo es el suelo entregado a quienes lo habitan y cultivan.”* [...] *“Es la condición esencial de que la campaña, dorada o verde, se matice de blanqueadas granjas y tejados rojos. La tierra para el pueblo es la habitación humana y decente para los trabajadores del campo. Es también la base de toda explotación agrícola racional”.*(2)

El modelo agrario propuesto por la dirigencia socialista se alejaba de cualquier compromiso con el campesinado tradicional (como podía suceder con los partidos socialistas de Francia y Alemania en donde esa clase social existía) y recuperaba para la Argentina a la granja del farmer del medio oeste norteamericano, que Justo había conocido directamente en 1895 (Justo, 1928). Su implantación en las pampas argentinas tendría consecuencias económicas, sociales y políticas redentoras: *“La tierra para el pueblo implica la prevención o la destrucción del latifundio. Impulsará en grado prodigioso los centros urbanos del campo; les dará prosperidad y fuerza, será una consecuencia de la democracia argentina y la establecerá sobre nuevas bases”* (Justo, 1932: 2).

De este modo los dirigentes socialistas modelaron en sus propuestas hacia el campo la utopía de otro tipo de comunidad rural futura para el país, de argentinos que vivieran en su tierra, la trabajasen y crearan una civilización en las pampas, basada en la agricultura intensiva. Delineaban en sus fundamentos un orden propietario de pequeños productores que se erigiría sobre las ruinas del latifundio pampeano, capaz de generar un mundo virtuoso de realización personal y comunitaria. Refiriéndose al productor que generaría ese nuevo orden rural, Justo los imaginaba como *“...trabajadores amantes del suelo, y arraigados en él; hombres que vayan al campo, no en busca de fortuna, sino de labor, de vida y de libertad; propietarios siempre dispuestos a dejar al Estado el nuevo valor que el progreso social dé a las tierras”* (Justo, 1932: 2).

Fue una evaluación compartida por los socialistas que la sociedad rural de principios del siglo XX, era absolutamente distinta a la que la agricultura capitalista debía haber hecho surgir en la región

pampeana. En ella dominaba según ellos, una vida social de pobreza material y cultural, de ignorancia económica-comercial por parte de sus agricultores, de incomunicación y aislamiento, de falta de espacios de sociabilidad comunitaria, cuyas consecuencias no eran otras que una nueva forma de incultura y barbarie. Para ellos, la imagen de una agricultura como un gran campamento, simbolizaba la denuncia socialista de la realidad agraria nacional, aunque ella era proyectada desde la región pampeana al conjunto de la situación rural del país. En una nota de la revista *Acción Socialista* se afirmaba este problema del agro argentino incapaz de crear en esas condiciones un mundo rural "civilizado", mundo que se explicitaba también claramente en ella:

Entre nosotros el trabajo rural consiste solo en hacer brotar de la tierra cantidades crecientes de productos vendibles. Nadie piensa en que el progreso implica también el desarrollo simultáneo en los campesinos de crecientes aptitudes técnicas y de una vida social cada vez más digna y confortable. La chacra debe ser también un hogar de vida sana, alegre y fecunda, una unidad que forme parte de un conjunto rural dotado de todas las ventajas de la civilización y del progreso. Para que la chacra pueda llegar a ser en nuestro país un centro de trabajo a la vez que de vida culta, es necesario crear en el campo un ambiente social en que la seguridad personal sea un hecho, la justicia una garantía para todos, las comunicaciones rápidas y seguras, las escuelas un bien general, la cooperación una práctica corriente, la defensa sanitaria una institución acreditada y el espíritu de asociación una fuerza poderosa que impele el progreso técnico, político y cultural de las campañas. Y simultáneamente a todo eso hay que estimular la aclimatación de iniciativas capaces de desarrollar la cultura espiritual y los sentimientos de sociabilidad (*Acción Socialista*, n° 7, 1924: 201).

La comunidad agraria imaginada por estos socialistas produciría el desarrollo de las fuerzas productivas, poblaría las praderas, generaría en las pampas una sociedad virtuosa de trabajo, ahorro, igualitarismo y libertad, borrando de su faz el latifundio ganadero, la agricultura extensiva y las extensiones desérticas e incultas. Provocaría además la emergencia de un orden político propio de productores independientes e iguales, que no era otro que el de la democracia política. La comunidad agraria proyectada por estos socialistas actuaría la regeneración del campo argentino y del destino de la misma sociedad argentina. Esta caracterización fue ampliamente difundida por sus dirigentes durante más de medio siglo (Justo, 1901; Nigro, 1937; Dickmann, 1946).

Este tipo de desenvolvimiento rural del campo daba forma así a un utopismo regeneracionista que invertía las líneas de evolución histórica prefigurada para el país por Lallemand, abandonando la tesis marxista de la inevitable concentración de la propiedad del suelo y de la explotación en gran escala. Su consecuencia política más evidente era que esta dirigencia dejaba de lado cualquier lucha por la socialización de la tierra. Pero lo destacable de esta formulación era que ella recuperaba la valorización decimonónica de la agricultura como factor de civilización moderna

lanzada en el país por el liberalismo republicano de Moreno, Rivadavia, Sarmiento y Alberdi. Así si bien el modelo era la sociedad de los agricultores de los Estados Unidos, los socialistas argentinos eran (a excepción de Oddone) profesionales formados en las instituciones educativas estatales y por lo tanto los “herederos” ideológicos de esa tradición liberal decimonónica, que incorporaron como uno de los fundamentos de la doctrina socialista. A diferencia de Lallemand cuya formación cultural sucedió en un ambiente familiar y social alemán de tradición científica positiva y cuya lectura de Marx y Engels (ya en Argentina) lo encaminó decididamente hacia el marxismo (Tarcus, 2007), los dirigentes socialistas argentinos (que no hicieron suyo el marxismo) recuperaron para el Partido la tradición regeneracionista y por lo tanto civilizatoria (en la cuál se habían formado como universitarios y ciudadanos) que el liberalismo le atribuyó a la agricultura, en un país al que esa misma tradición había interpretado desde las claves ideológicas iluministas de civilización y barbarie. Los socialistas identificaron a la barbarie con el predominio en pleno siglo XX de la ganadería extensiva, la escasa población rural, la dominación de los terratenientes y el caudillismo político (Halperin Donghi, 1987: 253-276).

Fue el contrapunto entre la realidad que la economía agropecuaria ofrecía en su organización y desenvolvimiento denunciada por sus principales dirigentes y el modelo productivo y de sociedad rural idealizado por ellos mismos, el que generó en las filas socialistas la difusión de una extensísima serie de propuestas de transformación rural destinadas a suprimir la primera y a instaurar el segundo. Testimonio patente de ello fueron las revistas partidarias *Acción Socialista* y *Revista Socialista*, publicada la primera en los años '20 y la segunda en las décadas de 1930 y 1940. Guiados por ese contrapunto entre una realidad agraria denunciada y un orden rural futuro virtuoso, en sus páginas aparecieron distintas propuestas para alcanzarlo, que iban desde la promulgación de una legislación que permitiera el acceso del agricultor a la propiedad de la tierra o por lo menos a su explotación y su estabilidad en ella, a la implantación en el campo del desarrollo educativo y sanitario rural, de las mismas condiciones de la vida pública urbana y del confort material ciudadano, y que incluían por último, la difusión de las técnicas y formas de organización de la producción y la comercialización rural más avanzadas. Este conjunto de propuestas se definía por un impulso a lograr la urbanización de la vida en el campo (Nigro, 1937; Palacin, 1947 y 1949).

La instrumentalidad técnica propia de la visión social del mundo moderno constitutiva del socialismo internacional, que permitiría liberar las potencialidades productivas del trabajo humano al posibilitar dominar la naturaleza, fue profusamente desplegada por los socialistas como factor decisivo para erigir ese orden productivo y social granjero. La adopción de los métodos de trabajo y cultivo basados en los adelantos técnicos y científicos fue permanentemente valorizada para construir el idealizado orden económico del farmer. La difusión de las maquinarias rurales para

producir de modo más eficiente y rentable, la construcción de silos, de depósitos y de edificios para almacenamiento y vivienda de los trabajadores, el acercamiento al asesoramiento provisto por los médicos veterinarios y los ingenieros agrónomos para la adopción de métodos científicos de selección de semillas, cuidado de animales y control de plagas, el desarrollo de la huerta doméstica, del tambo y de la pequeña producción de animales, permitirían surgir en las pampas la verdadera granja de producción diversificada, reemplazando a la chacra del arrendatario y su agricultura de monocultura y vida social de campamento nómada. A ello se sumaba la creación de un sistema económico que se articulara con la granja en una serie de externalidades que iban desde la organización de sociedades cooperativas de consumo, seguros, producción y de comercialización (como el representado por los elevadores cooperativos de granos) cuyo ejemplo eran los agricultores norteamericanos y canadienses, hecho que les permitiría a sus pares argentinos, aumentar su rentabilidad y capitalizarse, adquiriendo sus tierras y maquinarias.

Aunque impotentes para lograr desde la política la transformación social y técnica del agro pampeano según la idealización del farmer norteamericano publicitado en el discurso partidario, Justo y Repetto convirtieron esa voluntad, en una experiencia social concreta. En efecto, en 1910 estos dirigentes compraron en condominio en el sur de Córdoba, 1.053 hectáreas de tierra aptas para la agricultura, en las que establecieron una explotación agrícola (que denominaron La Vera), para cuya organización recurrieron a los elementos tecnológicos y sociales del imaginario de modernización rural socialista. Imbuidos del rol del agricultor instruido y competitivo en lo empresarial que habían delineado en sus escritos, se encargaron de dirigir y organizar directamente la explotación, recurriendo al asesoramiento técnico de un agrónomo del Ministerio de Agricultura y a la literatura científica agrícola, a la vez que edificaron una vivienda para el personal y sus familias que reuniera el confort material urbano. Asimismo, estos socialistas concibieron a La Vera como un centro de “irradiación civilizatorio” del entorno rural que ofrecía a sus ojos el primitivismo material y de organización económico - social que habían denunciado desde el partido. Desde ella organizaron una cooperativa de consumo con otros chacareros, una asociación denominada Juventud Agraria, una biblioteca y una escuela de enseñanza elemental desde la que proyectaron junto a una tarea de instrucción de los niños, la acción cultural y política socialista (por medio de conferencias y el cooperativismo) entre los chacareros de la zona (Repetto, 1959: 13-135).

Pero aunque el modelo de agricultura farmer dominó el imaginario de orden rural de gran parte de los dirigentes socialistas, los matices entre ellos eran significativos y Justo y Repetto los ejemplificaron muy bien en sus respectivas notas de viaje a los Estados Unidos. Mientras que en las notas de su recorrida por ese país en 1895, el primero buscó comprender desde una perspectiva sociológica crítica, los rasgos estructurales de la que consideraba la organización

social más avanzada en el mundo, a la que daba lugar el despliegue del capitalismo rural e industrial, en las que tomó el segundo en su itinerario norteamericano, se enfatizó la descripción impresionista de ese orden social, poniendo más el acento en su orden económico-empresarial y en los elementos técnicos y científicos de su organización. En efecto, en *Impresiones de los Estados Unidos* (libro en el que relató su viaje de 1943), Repetto describió la tarea educativa y científica de algunas de sus universidades, centros tecnológicos y particularmente de sus agencias estatales de agricultura y sus colegios agrícolas. Su visita a colegios y chacras del estado de Iowa lo llevaron a publicitarlo como el modelo de orden social y técnico-económico agrícola a seguir para transformar la agricultura pampeana, en cuya base la división de la tierra era la base de la pujanza y prosperidad económica de los farmer y de Iowa: “*Todo ha sido la obra de la división del suelo*” (Repetto, 1943: 207).

La visión tecnológica se afirmó entre algunos militantes en las coyunturas de crisis agrícolas de los años '30 y '40, en cuyas circunstancias éstos relanzaron estas propuestas de cambios organizativos y tecnológicos de la producción y comercialización de granos. Entre ellas se destacaron las propuestas de Emilio Dickmann (ingeniero universitario e hijo del dirigente socialista Enrique Dickmann), quien promovió en el partido una serie de propuestas de reorganización productiva basadas en el taylorismo y cuyo objetivo era lograr la profunda transformación productiva de la agricultura, resolviendo los problemas de su deficiente organización. La racionalización taylorista de la producción lanzada por este socialista se sumaba así a la valorización de la tecnología, de la maquinaria agrícola, de los medios de transporte y comunicación como factores claves en la refundación de la agricultura del país sobre bases completamente científicas (Dickmann, 1932: 21-32).

El utopismo tecnológico de los socialistas se revelaba en la función histórica liberadora del hombre de la explotación, que a su entender posibilitaba la ciencia y la técnica. En este sentido afirmaba Dickmann en 1917:

La ciencia es la única gran revolucionaria. Pero la ciencia que está al alcance de todos, la ciencia que ilustra y educa a la gran masa popular, la ciencia que se aplica a la vida, la que sirve para hacerla más llevadera, que la ennoblece y eleva, la ciencia democrática, la que nivela y une a los hombres en un lazo común de progreso, tal es la gran revolucionaria, la que transformará el actual orden de cosas (Dickmann, 1917: p.173).

Esa función histórica era inherente a esas creaciones propias de la razón moderna y ésta era una creencia extendida entre los socialistas (y también entre los comunistas), aunque señalaban que era condición para que esa función liberadora del saber científico y técnico se realizara, la

eliminación de la apropiación clasista de sus avances y que el Estado asegurase el acceso a la tierra a los agricultores y peones sin trabajo. La aplicación a las tareas agrícolas de los novedosos procesos técnicos, posibilitarían fundar el nuevo orden agrario de la pequeña explotación chacarera, terminando también con la gran desocupación que la maquinaria causaba en el capitalismo. Así el dirigente socialista Borrás afirmaba mostrando su optimismo tecnológico, el papel de los avances técnicos y las maquinarias en la liberación del hombre y en la transformación rural futura del agro pampeano en una dirección socialista:

Y no hay duda que se creará así una verdadera civilización agrícola donde el trabajo del campo se hará más digno. En esta forma orientada, la nueva técnica –una de cuyas manifestaciones más típicas son los elevadores- nos traerá un cambio saludable y su primera consecuencia habrá de ser fatalmente, inevitablemente, la transformación del régimen jurídico de la propiedad y posesión de la tierra... (Borrás, 1932: 232).

A lo largo de medio siglo, los socialistas reiterarían los rasgos de una planificación de las condiciones de sociabilidad que debía tener la vida en la chacra y las instituciones y espacios públicos que podían erigirse por iniciativa estatal. Para fundamentar la vida social en el campo, ellas iban desde la construcción de escuelas, bibliotecas, hospitales, puentes y caminos, el desarrollo de la electricidad y los medios de comunicación y transporte como la telefonía, la radio y el automóvil, el fomento de los clubes de ocio y esparcimiento, los institutos destinados a la formación cultural de las mujeres, la construcción de lugares de reunión de los productores (Nigro, 1937; Palacin, 1947 y 1949). El cooperativismo y el gremialismo agrario destinados a la defensa de sus intereses económicos, permitiría el logro también de esta nueva sociedad rural. He ahí cómo los socialistas se erigieron al mismo tiempo y durante más de medio siglo, en los denunciantes de la deplorable realidad agraria que ofrecía el campo argentino. Pero también en los planificadores de otro orden rural que reconciliaría al país con el Progreso y permitiría fundar con esos nuevos hombres y mujeres cultos y trabajadores, transformados en verdaderos ciudadanos resultado de ese agro redimido (y preocupados por su bienestar individual y el de su comunidad), el socialismo en el país. En la década de 1940, en la que el país vivió un proceso sostenido de industrialización sustitutiva, la dirigencia socialista continuó impulsando sin fisuras sus propuestas de transformación nacional centradas siempre en la resolución de la cuestión agraria por la vía del desarrollo farmer.

4. El imaginario agrario del Partido Comunista: el modelo de la agricultura soviética

Nacido a partir del impacto político que la Revolución bolchevique produjo en las filas del socialismo argentino, sus primeros grupos constitutivos provenían de la militancia en ese partido y por lo tanto conocían profundamente el programa agrario socialista y sus lineamientos de

análisis.(3) No sería casual entonces que los primeros militantes comunistas recurrieran en su crítica de la dirigencia socialista, al mismo programa agrario, denunciando además a ésta por su abandono del marxismo en su lucha política en el campo. Sus primeros documentos dieron cuenta de una realidad agraria nacional que retomaba las tesis marxistas de Lallemand y que el Partido Socialista había también hecho suyas, aunque despojándolas de las categorías y de las propuestas de solución marxistas.

El incipiente Partido Socialista Internacional (origen del comunismo en el país), afirmó el marxismo como clave de análisis del capitalismo argentino, definiendo a éste como resultado de la colonización capitalista esbozada por Marx en *El Capital*. La existencia de una estructura agraria latifundista y de una clase terrateniente ganadera parasitaria, ocuparon el centro de la definición de la cuestión agraria por el incipiente leninismo argentino. Distanciándose de las propuestas legislativas para el campo del Partido socialista, recuperaron como propio lo esencial de su programa agrario, abandonado por aquél:

En pocos lados, como en la Argentina, importa mantener en toda su integridad, el programa agrario Socialista, facilitando el acceso a la tierra, con la cooperación económica de la colectividad a todos los trabajadores que deseen cultivarla. Sobre 2.952.550 kilómetros cuadrados 1.321.081 pertenecen al Estado, a pesar del escandaloso latrocinio de la tierra pública. El resto está acaparado por un puñado de latifundistas. ¿No es ésta una situación espléndida para bregar por la socialización del suelo? (Partido Socialista Internacional, 1919: 7).

Reaparecía la interpretación de una evolución inevitable del capitalismo en la industria y en el agro hacia la concentración de la propiedad de los medios de producción y de la imposición de la explotación en gran escala por sobre la pequeña producción en la agricultura. En la declaración de principios que aprobó en su primer congreso de 1918, se afirmaba:

Que la evolución económica determina la formación de organismos de producción y de cambio cada vez más grandes, en que grandes masas de trabajadores se habitúan a la división del trabajo y a la cooperación. Que así, al mismo tiempo que se aleja para los trabajadores toda posibilidad de propiedad privada de sus medios de trabajo, se forman los elementos materiales y las ideas necesarias para sustituir al actual régimen capitalista con una sociedad en que la propiedad de los medios de producción sea colectiva o social... (Partido Socialista Internacional, 1919: 50).

Esta posición teórica fundamentó su primera presentación a elecciones defendiendo como una de sus propuestas, la expropiación de la tierra por el Estado y el acceso al cultivo de la misma por los agricultores con apoyo estatal. Sin embargo, las profundas disputas internas sobre la línea política y la táctica partidaria y las escisiones a que ellas dieron lugar en la década de 1920, llevaron a

que recién en 1928 el partido asumiera en su VIII Congreso nacional, una definida y más sistemática interpretación de la estructura económica y social del capitalismo argentino, que sustentaría su acción política de modo permanente. Siguiendo los lineamientos de la Internacional Comunista se definió a la realidad argentina como dependiente y semicolonial, dominada por los imperialismos inglés y norteamericano. En tanto la estructura agraria del país se interpretó como controlada por la propiedad latifundiaria de la tierra, cuya consecuencia social y política era el ejercicio de la dominación política por parte de una clase terrateniente aliada al capital imperialista monopolista (Campione, 2005).

La solución de la cuestión agraria para los comunistas pasaba entonces por lograr liquidar el latifundio mediante una reforma agraria y con ello el poder terrateniente en el país, asociando esa lucha con la antiimperialista librada contra el capital monopolista extranjero. Era la etapa para los comunistas de la lucha democrático – burgués. De ese modo el país lograría construir un modelo de desarrollo capitalista alternativo al agroexportador decimonónico que habían liderado la oligarquía asociada al imperialismo. Esta interpretación de la realidad agraria del país habría en el campo a la táctica política de acercar tanto al proletariado como a los sectores de la pequeña burguesía rural, integrados por los agricultores propietarios y arrendatarios, a partir de asegurar su acceso a la explotación de la tierra. Aunque su política seguiría la consigna de *“la tierra a quien la trabaja”*, la dirigencia y sus militantes pendulaban entre la posibilidad de que su explotación fuera realizada bajo la forma de la pequeña explotación en propiedad o se llevara a término de acuerdo a sus presupuestos teóricos de la concentración de la tierra y de las posibilidades políticas que la gran explotación implicaba en la lucha revolucionaria por la nacionalización y la socialización del suelo, indispensables para la construcción socialista en el país.

Pero distanciándose del modelo social rural farmer promovido por el Partido Socialista, los comunistas argentinos encontraron el suyo en el tipo de economía y sociedad agraria que Lenin, Trotsky, Stalin y los bolcheviques edificaban en Rusia. La utopía de un orden de igualdad se realizaba en un territorio alejado pero al alcance de los comunistas argentinos, si la voluntad del proletariado urbano y rural del país aceptaba imitar al pueblo de los soviets. A su regreso de Rusia en 1925, el joven dirigente comunista Victorio Codovilla proclamaba en una conferencia, esa convicción a sus compañeros y el carácter redencionista que esa experiencia abría para el proletariado del mundo:

Vengo de la “Meca” comunista.” [...] “Se sale de la “Meca” comunista con una fe, sí, pero es la fe en el triunfo de la causa proletaria, cuyos primeros cimientos se construyen allí en forma sorprendente: mas ese triunfo no ha de ser el producto del milagro, sino del esfuerzo mancomunado de los trabajadores de todos los países, de su mayor capacitación, de su mayor inteligencia y energía revolucionarias. Esa

convicción también se adquiere en aquella “Meca” comunista, cuando se comprueban los enormes esfuerzos y sacrificios que ha debido realizar y aun realiza el proletariado ruso para construir el nuevo edificio social que febrilmente se levanta en estos momentos en la ex Rusia de los zares (Codovilla, 1925: 3).

Un aspecto relevante para los dirigentes argentinos de ese experimento social sin precedentes, era que su transformación agraria, sustentada en la socialización de la tierra, era un ejemplo para que la Argentina liquidara la realidad deformada de su propio agro, causada a su entender por el dominio terrateniente y los monopolios cerealeros y de transporte. La política agraria bolchevique y su éxito en el desarrollo económico complementario de su agricultura y su industria era proclamada y evaluada así por Codovilla:

Es bueno dejar constancia de que toda la tierra está nacionalizada en Rusia; que el único que dispone de ella es el gobierno obrero y que no existe la propiedad privada del suelo.” Y agregaba más adelante: “La inteligente política del Soviet tiende a unir la producción agrícola con la industrial, es decir, que el desarrollo de la una sirva para el progreso y mejoramiento de la otra.” [...] “En estas condiciones, con el mismo desarrollo de las dos ramas fundamentales de la producción, se permite la acumulación del capital necesario, que servirá de base para aumentar la producción, industrial y, perfeccionando los medios técnicos de la agricultura, hará que también ésta esté en condiciones no sólo de abastecer las necesidades del país, sino de exportar excedentes al exterior (Codovilla, 1925: 17 y 19).

Para este dirigente la política bolchevique había encontrado la mejor respuesta a la cuestión campesina y encerraba la posibilidad de la continuidad de la política revolucionaria de construcción del socialismo en Rusia y en el mundo, ya que había logrado hacer del campesinado una de las bases sociales de la revolución: “Por suerte, no sólo para el proletariado ruso, sino para los trabajadores de todo el mundo, los bolcheviques han sabido, primero con la NEP y luego con el perfeccionamiento de la política llamada de los precios, hacer colaborar a los campesinos en el régimen sovieta y hacer de ellos el mejor sostén de la dictadura del proletariado” (Codovilla, 1925: 17-19).

La liquidación de las propiedades de la nobleza terrateniente, la combinación de la explotación de tierras socializadas en la forma de granjas colectivas con la desarrollada en parcelas individuales entregadas a sectores del campesinado (destinadas a desaparecer según la interpretación comunista, en un futuro próximo), la estatización de la banca, de los medios de transporte y el comercio exterior, como el control obrero de la producción, fueron presentados como los instrumentos decisivos en la construcción de la Unión Soviética desde sus primeros años.

Con el triunfo en 1925 de la política del “socialismo en un solo país” (aprobada por el XIV Congreso) y fundamentalmente con la consolidación definitiva de Stalin en el poder desde 1928, su política de colectivización forzada en el campo y la estrategia de planificación de una industrialización pesada, fueron defendidas por los comunistas argentinos como los caminos de realización de la sociedad futura. Cabe remarcar aquí que, con mayor o menor centralidad en sus páginas, las publicaciones de izquierda de los años '20 como *Documentos del Progreso* y *La Correspondencia Sudamericana* y fundamentalmente en las que el partido creó en los años 1930 y 1940 como *Bandera Roja*, *Soviet*, *La Hora*, *Argumentos* y *Orientación*, llevaron adelante una consecuente propagandización de la nueva sociedad sin clases ni explotación, que el proletariado construía como futuro de redención para la humanidad mundial en Rusia.

La profunda crisis económica que la Argentina soportó desde 1930, resultó confrontada con ese nuevo mundo de industrialización y economía agropecuaria desarrollados bajo la planificación estatal soviética en la nueva década. Los comunistas argentinos exaltaron la organización y la estabilidad que la agricultura tomó con la colectivización del campesinado y las formas de explotación que se desarrollaron con las granjas colectivas y estatales. El éxito repetidamente declamado era el de haber suprimido la pequeña explotación parcelaria tradicional del campesinado ruso y logrado desenvolver la gran explotación agrícola mecanizada, concretando por esa vía la socialización de la tierra, haciendo posible la producción colectivizada por parte de los antiguos campesinos (Codovilla, 1954: 201-604).

José Boglich, un marxista de sólida formación teórica que había ganado un conocimiento profundo sobre el agro pampeano tanto por su condición de agricultor como de viejo militante del gremialismo chacarero de la Federación Agraria, señalaba los éxitos de la agricultura soviética en contraste con la crisis de las capitalistas:

La última crisis ha puesto de relieve este hecho con fuerza incontrastable. Mientras la URSS modernizaba su agricultura y la dotaba con nuevos elementos técnicos y mecánicos, creando equipos combinados de tractores con arados, con sembradoras y con cortatrillas, para lograr el máximo de rendimiento en el trabajo y aumentar la suma de las fuerzas productivas sin esclavizar a la población rural, en los países capitalistas, los medianos y pequeños campesinos se han visto despojados de sus instrumentos de labor. En la Argentina, para no citar sino el ejemplo más cercano, media docena de grandes firmas importadoras y distribuidoras de maquinarias e implementos agrícolas, han despojado de ellos a los colonos, a pesar de que éstos habían amortizado un 60 % o más, de su valor (Boglich, 1937: 106-107).

He ahí cómo a la distancia de miles de kilómetros de la Unión Soviética, los dirigentes y militantes comunistas ayudaban con su propaganda a difundir un nuevo paradigma de orden económico -

social, realizándose en Rusia en el presente, como asentamiento de una nueva humanidad y en el cuál su agricultura de trabajo colectivizado se erigía en uno de sus fundamentos. Ella había hecho posible la introducción plena de los adelantos de las ciencias agrícolas, de las modernas maquinarias y de los tractores que permitirían arrancar sus riquezas a las estepas rusas, antes dominadas por la realidad rudimentaria y primitiva que ofrecía el campesino aldeano en su explotación rural. La interpretación que realizaron los dirigentes comunistas argentinos del proceso de mecanización agrícola revestía la forma de un cuidado cuadro panegirista, en donde la introducción de máquinas cosechadoras, tractores e implementos agrícolas y los aumentos de las cosechas eran proclamados como rotundos éxitos de la colectivización socialista: *“El desarrollo de la agricultura socialista en la U.R.S.S., acompañado del impulso de la técnica y de la ciencia, ha hecho de Rusia una nación atrasada durante el zarismo, en una de las Naciones que es vanguardia de la humanidad civilizada”* (García, 1945: 53).

Más aún que para los socialistas, la tecnología adquiría en sus evaluaciones el rasgo de un instrumento central en la construcción del socialismo en un solo país y, aunque indicaban que ella desataba su potencialidad en el marco de la organización colectivista del trabajo, su concepción de la misma revelaba su creencia en el poder intrínseco de la ciencia y la tecnología modernas como factores creadores de un mundo libre de dominación y explotación como el comunista, sobre la base de extraer a la naturaleza toda su potencial riqueza. La tesis de Lenin definiendo al Comunismo como el poder de los soviets mas la electrificación del país (formulada en el VIII Congreso de los soviets de Rusia de diciembre de 1920), revelaba este tópico tecnológico central en el pensamiento y en los planes de construcción de la sociedad socialista de los principales dirigentes comunistas, compartida también por la dirigencia del PC argentino. No casualmente la editorial del partido editó en 1940 el libro de M. Illin (seudónimo del ingeniero Ilya Marshak) *Las Montañas y los Hombres*, en donde se exponía la labor del obrero soviético por dominar a la naturaleza y colocarla al servicio de la sociedad. Pero la propaganda de los logros de esa agricultura socialista si bien servía a la crítica de la realidad agraria argentina, dejaba de lado la evaluación de los costos sociales de la colectivización forzosa del campesinado o los insuficientes resultados en las metas de producción ganadera o agrícola, que los problemas de su administración conllevaron debido a sus gigantescas dimensiones.

Fue así que el experimento de agricultura soviética llevó a rehabilitar de modo pleno las tesis de Marx y Engels (y defendidas en la década de 1890 por Lallemand), sobre la concentración inevitable de la propiedad del suelo, la desaparición de la pequeña producción independiente y su definitiva socialización. Fue Boglich quien no sólo señaló los logros del nuevo régimen agrario de los soviets, sino que a su entender, los mismos confirmaban la vigencia teórica del marxismo - leninismo:

Por el contrario, la doctrina marxista sale fortalecida en virtud de los resultados de su aplicación práctica, si nos detenemos un instante a comparar las realizaciones que se han llevado a efecto con la reforma y el régimen agrario de la U.R.S.S y las reformas y regímenes que se han ensayado en los demás países. Rusia jamás habría podido transformarse en tan pocos años, de país agrícola y aldeano en potencia industrial de primera magnitud, si no hubiese comenzado por romper las trabas que impedían su libre desarrollo, aboliendo la propiedad territorial y nacionalizando las tierras, bosques, minas, etc. (Boglich, 1937: 105).

De ese modo, mientras la dirigencia comunista argentina luchaba por la reforma agraria en el país y el acceso a la tierra por parte de los agricultores, promovía en sus periódicos como realización utópica para hacer posible una sociedad socialista, las bondades sociales y los logros productivos de esa economía agrícola colectivizada. Los contrastes entre la realidad social agraria pampeana y la soviética, reflejaban para los comunistas las diferencias entre el mundo viejo y el nuevo, que construía el futuro en el presente. A diferencia del carácter rudimentario que presentaba la agricultura argentina, la soviética se caracterizaba por el alto nivel de mecanización que no sólo elevaba los índices de producción sino que gracias a ella el trabajo agrícola había dejado de ser un castigo al que se veían sometidos las familias campesinas. De esa forma alcanzaba en la agricultura socialista el carácter de un compromiso voluntario, de solidaridad comunitaria y de realización personal, suprimiendo los rasgos de explotación y coacción que tenía bajo el régimen capitalista. Otra humanidad surgía, señalaban los comunistas. Una humanidad nueva que, a diferencia del antiguo y embrutecido campesinado ruso, desplegaba ahora sus verdaderas capacidades técnicas, sociales y culturales, en ese nuevo orden social rural realizándose en las llanuras de la Unión Soviética por la obra de la revolución.

Los dirigentes recuperaban también en su beneficio las propuestas de los intelectuales liberales argentinos decimonónicos, que habían diseñado un proyecto de país moderno a partir de la agricultura, pero no para retomarlo como podía ser en el caso de muchos dirigentes socialistas, sino para denunciar la incapacidad de la oligarquía latifundista para concretar su propio proyecto de Nación diseñado por esos intelectuales. La calificación de una agricultura nómada fue utilizada por éstos también que en vez de realizar un orden burgués en el campo, aseguraba la persistencia del desierto y la barbarie decimonónica. La confrontación de la agricultura argentina volvía a hacerse con la Nación de los soviets, en donde gracias a la conjunción de la planificación estatal, el trabajo colectivo y la aplicación de la ciencia a la producción se dominaba prometeicamente a las fuerzas de la naturaleza. A diferencia de la soviética, la agricultura argentina sólo mostraba deficiencias:

En tales circunstancias, la población del campo es reducida, no llegando a dos millones entre los productores, sus familias y el personal estable de peones, al verificarse el censo. El desierto, anatematizado por Alberdi y por Sarmiento sigue reinando, y cuando en la Unión Soviética se ganan batallas a la naturaleza como las descritas en “Las Montañas y los Hombres” de Ilin, en nuestro país se pierden tierras productivas por la erosión, debido al sistema irracional de explotación del campo (González Alberdi, 1940: 13).

La difusión en Argentina de un imaginario en el cuál el ideal comunista se edificaba día a día en Rusia gracias a la doctrina marxista y a la ciencia moderna, no sólo fue producto de los dirigentes comunistas. El mismo contó con la propaganda realizada por los viajeros a Rusia, muchos de ellos simpatizantes comunistas que regresaban al país, proclamando la realización en esas tierras de un mundo de perfección social. Ese fue el caso de Aníbal Ponce, un intelectual marxista quien si bien mantenía su autonomía con respecto al partido (no se afilió nunca a él), luego de visitar en 1935 la Unión Soviética, alimentó con su autoridad científica la idea de una utopía que se iba realizando, que cobijaba a una humanidad liberada y feliz en estos términos:

El hombre, como factor consciente de la evolución; el hombre, transformando a la naturaleza y a la sociedad de acuerdo a un plan minuciosamente elaborado; el hombre que ha dejado de ser el esclavo sumiso o desesperanzado para convertirse en el dueño completo de sus fuerzas: ése es el hombre soviético que introduce su voluntad en lo que parecía inaccesible; el hombre soviético que invierte el curso de los ríos, renueva el alma de las viejas tribus, transforma a su antojo la flora y la fauna (Ponce, 2007).

Esa lectura de un hombre que dominaba por la técnica a la naturaleza y creaba un nuevo orden social, se fortaleció durante la Segunda Guerra mundial y fue otro viajero, el antiguo dirigente socialista Augusto Bunge quien, sin vincularse al comunismo local (integró el Partido Socialista Obrero desde fines de los años '30), defendió la obra bolchevique y a Stalin, captando magistralmente el espíritu fáustico que impregnaba la práctica política de los comunistas. Bunge se refirió explícitamente al “*sentido fáustico*” que guiaba al ciudadano soviético en la construcción de una nueva sociedad, en su libro de 1942 *El “Milagro” soviético. Cómo ha sido posible*. Así, en su interpretación, el poder social obrero identificado con el trabajador estajanovista, edificaba por su acción soberana y utilizando el poder de la técnica, una sociedad sin clases.(4) El utopismo tecnológico sustentó así las propuestas agrarias comunistas en Argentina y de los hombres de izquierda que defendieron la experiencia soviética: la ciencia y la tecnología puestas al servicio del proletariado fueron los factores decisivos en hacer al hombre dueño de la naturaleza para su explotación, para asegurar la libertad y la igualdad.

Las negativas consecuencias que la nueva guerra mundial tuvieron para la economía argentina desde 1939, ofreció a los comunistas nuevos motivos para denunciar los problemas que consideraban fundamentales de la realidad agraria del país: el dominio de los sectores latifundistas y de las grandes empresas de comercialización y de transporte ferroviario monopolistas, que continuaban imponiendo condiciones leoninas de explotación a los agricultores, reduciendo a éstos y a los trabajadores rurales a condiciones de servidumbre semifeudal y de explotación extrema. Así, mientras la URSS demostraba su fortaleza para enfrentar al fascismo gracias a los logros de su industrialización y de su agricultura, la pervivencia en la Argentina de la estructura económica dependiente y semicolonial, llevaría a la catástrofe definitiva del país: *“La oligarquía [sostenían] devasta y despuebla el país. Se esfuerza por retrotraerlo a la época del desierto...”* (Partido Comunista, 1945: 100).

Pero la guerra ofreció también para la dirigencia comunista la oportunidad de terminar con esa situación nacional y la transformación de las relaciones de producción en el campo era clave para ello, tanto en lo productivo como en lo social. La grave circunstancia mundial debía ser enfrentada con la creación por parte de las fuerzas democráticas y antifascistas, de un *“Frente Democrático Nacional”*, capaz de llevar adelante la *“liberación nacional”* e *“independencia económica”* del país, a través de un programa de planificación económica estatal, de reforma agraria, de nacionalización de las empresas extranjeras e industrialización. Sin embargo, aún en esas condiciones mundiales excepcionales, los lineamientos del programa agrario continuaban siendo los ya propuestos por los comunistas argentinos en décadas anteriores: el desarrollo de un capitalismo agrario sobre la base de la pequeña explotación agropecuaria, ya que se volvía a proponer la entrega de la tierra en propiedad a los agricultores (Partido Comunista, 1941: 171-183). Quedaría para el futuro (que consideraban siempre al alcance de la mano), la concreción de ese otro orden productivo y social agrario fundado en la colectivización, que en su imaginario político representaría el camino de realización del comunismo en la Argentina.

5. Conclusiones

El estudio realizado en este trabajo de la producción intelectual sobre el agro argentino generada por los dirigentes de los partidos Socialista y Comunista, permitió hacer emerger otros aspectos de la acción política de los movimientos de izquierda, que la más reciente bibliografía ha comenzado a reconstruir de modo incipiente. Los nuevos estudios se alejan así de una historiografía que estuvo centrada particularmente, en el análisis del pensamiento de sus principales dirigentes o en la determinación de las posiciones políticas de esos partidos en diversas coyunturas nacionales e internacionales (Camarero, 2007; Acha, 2009). Un aspecto singular del pensamiento político socialista y comunista fue generar no sólo definidos programas

de acción agraria para transformar la realidad nacional, sino producir un conocimiento propio sobre la naturaleza social del despliegue del capitalismo en el campo argentino y de su estructura de clases. Fue ese conocimiento elaborado y esos programas de acción política agraria los que permitieron la emergencia de una extensísima producción de escritos periodísticos, ensayos históricos, sociológicos y literarios sobre esa realidad, elaborados por militantes de base y por los dirigentes e intelectuales regionales y nacionales. Esa producción si se inspiraba en los lineamientos teóricos y programáticos partidarios, se caracterizó por elaborar un conjunto de propuestas de transformación económica y social del campo argentino que oscilaron entre los tópicos del utopismo social y el tecnológico, atribuyéndole a los elementos constitutivos de ambos, la capacidad de provocar una regeneración virtuosa del desenvolvimiento nacional, restableciendo el curso de la historia hacia el Progreso, desviado por la dominación oligárquica terrateniente y el imperialismo.

La agricultura del farmer norteamericano y la del colectivismo soviético si bien eran realidades sociales existentes y que presentaban problemas que los viajeros y dirigentes comunistas y socialistas podían constatar directamente, resultaron experiencias históricas introducidas en la práctica política nacional de estos partidos y se fueron constituyendo en modelos paradigmáticos de organización social, de los cuáles se hizo abstracción de sus aspectos conflictivos como realidades históricas específicas. De ese modo, se recrearon como modelos de orden económico y social idealizados en la cultura e imaginación política de izquierdas frente a los problemas que su crítica de la realidad agraria hacía surgir, convirtiéndose a la vez en soluciones exegéticas que desatarían los nudos gordianos de la sociedad argentina.

Si sus modelos de sociedad futura en el campo se diferenciaron entre el ideal farmer y el del colectivismo, en ambas tradiciones ideológicas el utopismo tecnológico era compartido sobre la misma matriz cultural que era la de la tradición iluminista y marxista positivista: dominar la naturaleza y producir un orden económico que libere las potencialidades creativas de la humanidad (Barrancos, 1996). La difusión y adopción de las modernas maquinarias agrícolas, de la electricidad y del confort material doméstico, fueron valorados directamente y en sí mismos, como factores de realización de cambios sociales que permitirían hacer posible reorganizar por completo la producción rural y urbanizar la vida en el campo, introduciendo así tanto otra organización de la economía como de sociabilidad rural, de tipo "civilizada", de acuerdo a los parámetros del mundo urbano, como pretendían por ejemplo los socialistas.

Sin mencionar su nombre, las formulaciones y soluciones utópicas aparecieron en los discursos de los comunistas y socialistas argentinos, desplegados en los intersticios de sus críticas del capitalismo agrario y de sus propuestas de transformación radical de la sociedad, como un ideal

de realización histórica futura y, a diferencia de muchas de las viejas utopías iluministas para los militantes de izquierda, ellas encontrarían su lugar de concreción efectiva en las pampas argentinas.

Agradecimiento

Una versión preliminar de este artículo se presentó en el *53º Congreso Internacional de Americanistas*, realizado en la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, en julio de 2009. Agradezco los comentarios realizados en esa oportunidad por María Celia Bravo y también a los propuestos por los evaluadores anónimos de Mundo Agrario. Todos ellos me permitieron enriquecer sustancialmente esta nueva versión y por supuesto, no son responsables de los posibles errores que se deslicen en ella.

Notas

(1) En el despliegue de su análisis teórico sobre la sociedad capitalista y en la pugna por definir los fundamentos del proyecto de emancipación del proletariado frente a las diversas doctrinas anticapitalistas del período, Marx y Engels habían desarrollado la crítica de las mismas, agrupándolas bajo el rótulo de socialismo utópico y definiéndolas como pre -científicas, ya que en su evaluación todas ellas habían sido incapaces de revelar las condiciones históricas del desarrollo del régimen capitalista y de la explotación de los trabajadores inherente al mismo. Eran la concepción materialista de la historia y el descubrimiento de la plusvalía provistas por ellos, las herramientas conceptuales que posibilitarían fundar el proyecto de emancipación socialista sobre el fundamento de la ciencia (Baczko, 1999: 73-75).

(2) Justo, 1932. Este artículo se publicó originalmente en 1918, en el semanario *El pensamiento argentino*. La cita se toma de la reproducción que hizo de este trabajo de Justo la *Revista Socialista* en 1932.

(3) *Comisión del Comité Central del Partido Comunista Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina. (Origen y desarrollo del partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino)*, Buenos Aires, Anteo, 1948.

(4) Formado en un cerrado positivismo propio de su profesión de médico, Bunge fue incapaz de diferenciar y evaluar las fuentes de legitimidad de ambos tipos de poder, radicalmente diferentes: uno fundado en la voluntad democrática popular y el otro originado en las cerradas estructuras científicas y burocráticas del Partido Comunista soviético (Bunge, 1942: 138-141).

Bibliografía

ACHA, Omar. 2009. *Historia crítica de la historiografía argentina. Las izquierdas en el siglo XX*. Buenos Aires: Prometeo libros.

ADELMAN, Jeremy. 1989. "Una cosecha esquivada. Los socialistas y el campo antes de la primera guerra mundial", *Anuario del IEHS*, nº 4, Tandil, UNCPBA, pp. 293-333.

ASCOLANI, Adrián. 2009. *El sindicalismo rural en la Argentina. De la resistencia clasista a la comunidad organizada (1928-1952)*. Bernal: Buenos Aires,

ARICÓ, José. 1999. *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana.

BACZKO, Bronislaw. 1999. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.

BARRANCOS, Dora. 1996. *La escena iluminada. Ciencia para trabajadores, 1890-1930*. Buenos Aires: Plus Ultra.

BOGLICH, José. 1933. *El Problema Agrario y la Crisis Actual*. Buenos Aires: Aras.

BOGLICH, José. 1937. *La Cuestión Agraria*. Buenos Aires: Claridad.

BORRÁS, Antonio. 1932. *Nuestra cuestión agraria. En defensa de la producción y del productor*. Buenos Aires: La Vanguardia.

BUNGE, Augusto. 1942. *El "Milagro" Soviético. Cómo ha sido posible*. Buenos Aires: Problemas.

CABALLERO Manuel. 1988. *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana, 1919-1943*. Caracas: Nueva Sociedad.

CAMARERO, Hernán. 2007. *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI.

CAMPIONE, Daniel. 2005. *El Comunismo en Argentina. Sus primeros pasos*. Buenos Aires: Ediciones del CCC.

CARRETERO PASÍN, Ángel Enrique. 2005. "Imaginario y utopías", en *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e investigación social*. n° 7, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona/Departamento de Psicología de la Salud y Psicología Social editores, pp. 40-60.

COMISIÓN COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA. 1948. *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina. (Origen y desarrollo del partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino)*. Buenos Aires: Anteo.

CODOVILLA, Victorio. 1925. *Rusia en la actualidad* (folleto). Buenos Aires: La Internacional.

CODOVILLA, Victorio. 1954. *Nuestro camino desemboca en la Victoria. Escritos y Discursos*. Buenos Aires: Fundamentos.

CODOVILLA, Victorio. 1954. *Escritos y Discursos de Victorio Codovilla*. Buenos Aires: Fundamentos.

DICKMANN, Emilio. 1932. "El significado de la racionalización y de la organización científica del trabajo". *Revista Socialista*. Número 26. Julio. Buenos Aires: La Vanguardia. pp. 21-32.

DICKMANN, Ernesto. 1917. *Democracia y socialismo*. Buenos Aires: Serafín Ponzinibbio y Cía.

DICKMANN, Ernesto. 1946. *Población e Inmigración*. Buenos Aires: Losada.

FERNÁNDEZ SANZ, Amable. 1995. Utopía, progreso y revolución como categorías explicativas en la historia del pensamiento. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*. Número 12. Madrid: Publicaciones UCM. pp. 165-189.

GALAFASSI, Guido (comp.) 2004. *El Campo diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina agraria del siglo XX*. Bernal: Editorial Universidad Nacional de Quilmes.

GARCÍA, José M. 1945. *Causas de la crisis en el campo argentino. Soluciones*. Córdoba: Ediciones del Partido Comunista.

GARCÍA COSTA, Víctor. 1985. *El Obrero: selección de textos*. Buenos Aires: CEAL.

GHIOLDI, Rodolfo. 1952. *Acerca de la cuestión agraria argentina*. Buenos Aires: Fundamentos.

GONZÁLEZ ALBERDI, Paulino. 1940. *La situación económica del país. (El Plan Pinedo, Plan de la oligarquía)*. Buenos Aires: Editorial Problemas.

GRACIANO, Osvaldo. 2004. "Soluciones para la crisis del capitalismo argentino. Las propuestas socialistas para la transformación de la economía pampeana en la década de 1930". En: GALAFASSI Guido (comp.). 2004. *El campo diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina agraria del siglo XX*. Bernal: Editorial Universidad Nacional de Quilmes. pp. 69-94.

GRACIANO, Osvaldo. 2005. "Representaciones del agro argentino en el Partido Socialista. Entre la segunda guerra mundial y el primer peronismo, 1939-1950". En: LÁZZARO, Silvia y Guido GALAFASSI (comps.) *Sujetos, política y representaciones del mundo rural. Argentina 1930-1975*. Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana. pp. 63-118.

GRACIANO, Osvaldo. 2006. "El agro pampeano en los "clásicos" del socialismo argentino. Las propuestas hacia el campo de Juan B. Justo, 1894-1928". En: GRACIANO, Osvaldo y Talía GUTIÉRREZ (dir.) *El agro en cuestión. Discursos, políticas y corporaciones en la Argentina, 1870-2000*. Buenos Aires: Prometeo libros. pp. 87-115.

GRACIANO, Osvaldo. 2008. "Izquierdas y cuestión agraria en la Argentina: la persistencia de un vínculo en la definición de sus estrategias políticas". En: BALSÁ, Javier; Graciela MATEO y Silvia OSPITAL (comps.) *Pasado y presente en el agro argentino*. Buenos Aires: Lumiere. pp. 381-406.

HALPERIN DONGHI, Tulio. 1987. "Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)". En: HALPERIN DONGHI, Tulio. *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana. pp. 253-276.

JUSTO, Juan B. 1928. *En los Estados Unidos. Apuntes escritos en 1895 para un periódico obrero*. Buenos Aires: Editorial la Vanguardia. Segunda edición.

JUSTO, Juan B. 1901. *El Programa Socialista del campo*. Buenos Aires: Cooperativa Tipográfica.

JUSTO, Juan B. 1917. *La Cuestión Agraria*. Buenos Aires: La Vanguardia.

JUSTO, Juan B. 1932. "La ciudad y el campo". *Revista Socialista*. Enero. Año II. Número 20. Buenos Aires: La Vanguardia. p. 2.

LALLEMANT, Germán Avé. [1895]. "¿Colonización o latifundios?". En: PASO, Leonardo. 1974. *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Anteo. pp. 87-88.

LALLEMANT, Germán Avé. [1895-1896]. "El fin de la plaga de la langosta en la Argentina En: PASO, Leonardo. 1974. *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Anteo. p. 168.

LATTUADA, Mario. 1988. *Política agraria y partido políticos (1946-1983)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

MARIANETTI, Benito. 1936. *El proyecto de la nueva constitución soviética. Con un apéndice con el texto completo del mismo*. Buenos Aires: Biblioteca divulgación popular.

NIGRO, Juan. 1937. *Del campo bonaerense*. Tandil: Talleres Tipográficos El Fénix.

ODDONE, Jacinto. 1930. *La burguesía terrateniente argentina*. Buenos Aires: La Vanguardia.

PALACIN, Manuel. 1947. *Problemas del campo y del país. El crédito agrícola III*. Buenos Aires: La Vanguardia.

PALACIN, Manuel. 1949. *Problemas del campo y del país*. Buenos Aires: La Vanguardia. Colección El pequeño libro socialista, número 56.

PALACIN, Manuel. 1949. *Problemas del campo y del país. La ley agraria II*. (2° edición). Buenos Aires: La Vanguardia. Colección El pequeño libro socialista, número 57.

PARTIDO COMUNISTA. 1941. *Libertad e Independencia de la Patria. Posición de los comunistas argentinos*. Buenos Aires: Editorial Problemas.

PARTIDO COMUNISTA. 1948. *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina. (Origen y del Partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino)*. Buenos Aires: Anteo.

PARTIDO SOCIALISTA INTERNACIONAL. 1919. *Historia del socialismo marxista en la República Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional*. Buenos Aires: Partido Socialista Internacional.

PASO, Leonardo. 1974. *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*. Buenos Aires: Anteo.

PETRA, Adriana. 2004. "La ciudad anarquista americana: ideología y discurso en una utopía de principios de siglo XX". En: ARPINI, Adriana. *Otros discursos. Estudios de historia de las ideas latinoamericanas*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo. pp. 143-173.

PETRA, Adriana. 2009. "¿Sueñan los anarquistas con mansiones eléctricas? Ciencia y utopía en las ciudades ideales de Pierre Quiroule". En: GONZÁLEZ DE OLEAGA, Marisa y Ernesto BOHOSLAVSKY. *El hilo rojo. Palabras y prácticas de la utopía en América Latina*. Buenos Aires: Paidós. pp. 55-70.

PONCE, Aníbal. 2007. *Visita al Hombre Futuro*. En: SAÍTTA, Sylvia. *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 129.

PORTANTIERO, Juan Carlos. 1999. *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

REPETTO, Nicolás. 1919. *La Huelga Agraria. Una historia de atropellos, luchas y miserias*. Buenos Aires: Lotito y Barberis.

REPETTO, Nicolás. 1943. *Impresiones de los Estados Unidos*. Buenos Aires: Librería y Editorial La Vanguardia.

REPETTO, Nicolás. 1959. *Mi paso por la agricultura*. Buenos Aires: Santiago Rueda.

RICOEUR, Paul. 1991. *Ideología y Utopía*. México: Gedisa.

SAÍTTA, Sylvia. 2007. *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

SIDICARO, Ricardo. 2000. "Max Weber: texto y contexto de su estudio sobre la Argentina". *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*. Año 2. Número 4. España, editorial Universidad de Sevilla. (<http://institucional.us.es/araucaria/nro4/nro4.htm>)

SURIANO Juan 2001. *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial.

TARCUS, Horacio. 2007. *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

TROUSSON, Raymond. 1979. *Historia de la literatura utópica*. Barcelona: Península.

WEINBERG, Félix. 1986. *Dos utopías argentinas de principios de siglo*. Buenos Aires: Hyspamérica.

Fecha de recibido: 4 de marzo de 2010.

Fecha de publicado: 27 de julio de 2010.

URL: www.mundoagrario.unlp.edu.ar